

La construcción social de la condición de juventud

Mario Margulis y Marcelo Urresti

1. La condición de juventud: dimensiones y características

La palabra juventud, cuya significación parece ofrecerse fácilmente en tanto mera tributaria de la edad y por lo tanto perteneciente al campo del cuerpo, al reino de la naturaleza, nos conduce, sin embargo, a poco que se indague en su capacidad clasificatoria y en los ámbitos del sentido que invoca, a un terreno complejo en el que son frecuentes las ambigüedades y simplificaciones.

Es razonable que una primera aproximación invoque la edad. Edad y sexo han sido utilizados en todas las sociedades como base de las clasificaciones sociales. Juventud sería una categoría etaria, y por lo tanto objetivable con facilidad en el plano de las mediciones. Pero los enclasmientos por edad ya no poseen competencias y atribuciones uniformes y predecibles. Por el contrario, tales enclasmientos tienen características, comportamientos, horizontes de posibilidad y códigos culturales muy diferenciados en las sociedades actuales, en las que se ha reducido la predictibilidad respecto de sus lugares sociales y han desaparecido los ritos de pasaje. Hay distintas maneras de ser joven en el marco de la intensa heterogeneidad que se observa en el plano económico, social y cultural. No existe una única juventud: en la ciudad moderna las juventudes son múltiples, variando en relación a características de clase, el lugar donde viven y la generación a que pertenecen y, además, la diversidad, el pluralismo, el estallido cultural de los últimos años se manifiestan privilegiadamente entre los jóvenes que ofrecen un panorama sumamente variado y móvil que abarca sus comportamientos, referencias identitarias, lenguajes y formas de sociabilidad. Juventud es un significante complejo que contiene en su intimidad las múltiples modalidades que llevan a procesar socialmente la condición de edad, tomando en cuenta la diferenciación social, la inserción en la familia y en otras instituciones, el género, el barrio o la micro cultura grupal.

Por otra parte, la condición de juventud indica, en la sociedad actual, una manera particular de estar en la vida: potencialidades, aspiraciones, requisitos, modalidades éticas y estéticas, lenguajes. La juventud, como etapa de la vida, aparece particularmente diferenciada en la sociedad occidental sólo en épocas recientes; a partir de los siglos XVIII y XIX comienza a ser identificada como capa social que goza de ciertos privilegios, de un período de permisividad, que media entre la madurez biológica y la madurez social. Esta “moratoria” es un privilegio para ciertos jóvenes, aquellos que pertenecen a sectores sociales relativamente acomodados, que pueden dedicar un período de tiempo al estudio -cada vez más prolongado- postergando exigencias vinculadas con un ingreso pleno a la madurez social: formar un hogar, trabajar, tener hijos. Desde esta perspectiva, la condición social de “juventud” no se ofrece de igual manera a todos los integrantes de la categoría estadística “joven”.

Esta noción de “moratoria social” ha significado un progreso en la caracterización sociológica de la juventud. Implica un avance en cuanto a la introducción de la diferenciación social, pero reservando la condición de juventud para sectores sociales relativamente acomodados. El análisis que ofreceremos a continuación se diferencia, sin embargo, de esta posición, en cuanto consideramos que no toma en cuenta otras variables que intervienen en la construcción social de la condición de juventud. Este análisis intenta restituir a la caracterización sociológica de la juventud, aspectos ligados con la historia, la diferenciación social desde un plano más complejo, la familia y los marcos institucionales, las generaciones y el género. También procura diferenciar entre el plano material y el simbólico e introducir al tema de las tribus juveniles, que suman su variedad, movimiento, fugacidad y actitud contestataria al enmarañado paisaje urbano.

Es también necesario consignar que “juventud” refiere, como algunos conceptos socialmente contruidos, a cierta clase de “otros”, a aquellos que viven cerca nuestro y con los que interactuamos cotidianamente, pero de los que nos separan barreras cognitivas, abismos culturales vinculados con los modos de percibir y apreciar el mundo que nos rodea. Estos desencuentros, permiten postular, tal vez, una multiculturalidad temporal, basada en que los jóvenes son **nativos del presente**, y que cada una de las generaciones coexistentes

(divididas a su vez por otras variables sociales) es resultante de la época en que se han socializado. Cada generación es portadora de una sensibilidad distinta, de una nueva *episteme*, de diferentes recuerdos; es expresión de otra experiencia histórica.

También conviene tener en cuenta que ser joven se ha vuelto prestigioso. En el mercado de los signos, aquellos que expresan juventud tienen alta cotización. El intento de parecer joven recurriendo a incorporar a la apariencia signos que caracterizan a los modelos de juventud que corresponden a las clases acomodadas, popularizados por los medios, nos habla de esfuerzos por el logro de legitimidad y valorización por intermedio del cuerpo. Ello da lugar a una modalidad de lo joven, la juventud-signo, independiente de la edad y que llamamos juvenilización. Lo juvenil se puede adquirir, da lugar a actividades de reciclaje del cuerpo y de imitación cultural, se ofrece como servicio en el mercado.

No todos los jóvenes son juveniles en el sentido de que no se asemejan a los modelos propiciados por los medios o por las diferentes industrias vinculadas con la producción y la comercialización de valores-signo que se relacionan con los significantes de la distinción. No todos los jóvenes poseen el cuerpo legítimo, el *look* juvenil; esto es patrimonio, principalmente, de los jóvenes de ciertos sectores sociales que tienen acceso a consumos valorados y costosos en el terreno de la vestimenta, de los códigos del cuerpo o en los del habla. Ello ha dado lugar a cierto empobrecimiento en algunos usos de la noción de juventud, que al ser influidos por el auge de la juvenilización en el mercado de los signos, llevan a confundir la condición de juventud con el signo juventud, convirtiendo tal condición, que depende de diferentes variables, en atributo de un reducido sector social.

2. La moratoria social

La moratoria social alude a que, con la modernidad, grupos crecientes, pertenecientes por lo común a sectores sociales medios y altos, postergan la edad de matrimonio y de procreación y durante un período, cada vez más prolongado y tienen la oportunidad de estudiar y de avanzar en su capacitación en instituciones de enseñanza que, simultáneamente, se expanden

en la sociedad. Este tiempo intermedio abarca a grupos numerosos que van articulando sus propias características culturales.

Este concepto, adhiere implícitamente a ciertos límites vinculados con la condición de juventud: esta etapa transcurriría entre el final de los cambios corporales que acaecen en la adolescencia y la plena integración a la vida social que ocurre cuando la persona forma un hogar, se casa, trabaja, tiene hijos. O sea juventud sería el lapso que media entre la madurez física y la madurez social. Este lapso varía, sin duda, entre los diferentes sectores sociales. Entre los sectores populares se ingresa tempranamente al mundo del trabajo, cuando las condiciones del mercado laboral lo hacen posible. También es frecuente formar un hogar y comenzar a tener hijos apenas terminada la adolescencia, cuando no, como en el caso de muchas mujeres, durante el curso de la misma. En cambio, entre sectores de clases media y alta, es habitual que se cursen estudios -cada vez más prolongados- y que este tiempo dedicado a la capacitación postergue la plena madurez social, en su sentido económico, laboral y reproductivo.

La juventud se presenta entonces, con frecuencia, como el período en que se posterga la asunción plena de responsabilidades económicas y familiares, y sería una característica reservada para sectores sociales con mayores posibilidades económicas. Esta sería la juventud paradigmática, la que se representa con abundancia de símbolos en el plano mass-mediático: deportiva, alegre, despreocupada, bella, la que viste las ropas de moda, vive romances y sufre decepciones amorosas, pero se mantiene ajena, hasta su pleno ingreso a las responsabilidades de la vida, a las exigencias, carencias y conflictos relativos a la economía, el trabajo y la familia.

Desde esta perspectiva, sólo podrían ser jóvenes los pertenecientes a sectores sociales relativamente acomodados. Los otros carecerían de juventud. La moratoria social propone tiempo libre socialmente legitimado, un estadio de la vida en que se postergan las demandas, un estado de gracia durante el cual la sociedad no exige.

En la etapa actual en que se propaga el desempleo y cunde la exclusión, la moratoria social como pretendidamente abarcativa de toda la juventud enfrenta nuevos desafíos:

a. Muchos jóvenes de clases populares (y también adultos) gozan de abundante tiempo libre: se trata del tiempo disponible en virtud de la falta de trabajo, que aqueja intensamente a los sectores jóvenes. Este tiempo libre no puede confundirse con el que surge de la moratoria social: no es tiempo legítimo para el goce y la ligereza, es tiempo de culpa y de congoja, es tiempo de impotencia, una circunstancia desdichada que empuja hacia la marginalidad, la delincuencia o la desesperación.

b. En los sectores que cuentan con la posibilidad de estudiar, el período de formación tiende a alargarse por la complejidad creciente en el plano del conocimiento, y también, por efecto de la falta de un destino económico asegurado para quienes egresan del sistema educativo. El futuro se torna incierto, y la mayor capacitación aparece en el horizonte, más que como una certeza laboral para el porvenir, como un nuevo imaginario que permite prolongar la permanencia en las instituciones de enseñanza y postergar las incertidumbres que emanan de la creciente independencia del capital respecto del trabajo, lo que se presenta como una de las tendencias que arraigan en nuestra época.

3. La generación

Las clasificaciones por edad dan lugar a la construcción de categorías estadísticas relacionadas con la biología; la noción de generación, en cambio, remite a la edad pero procesada por la cultura y la historia. Mientras que la condición de clase apela a la estructura social y tiene efectos de perseverancia o crisis ajenos a la condición de edad, la juventud constituye un período de la vida que es pasajero y, en consecuencia, su duración es limitada. La generación es una dimensión trascendente para el examen de la condición de juventud, y atraviesa la diferenciación social. Podría pensarse, considerando toda la población, en una alineación vertical que agruparía en términos de las características socio-económicas y una alineación horizontal que clasificaría considerando el plano generacional.

Generación y clase tienen modalidades diferentes de adscripción, movilidad y perseverancia. La generación es adscripta, persevera, acompaña en la vida, pero la juventud es sólo uno de sus estadios: las generaciones jóvenes envejecen, cambian de status con el mero transcurrir del tiempo; se es generalmente solidario con los códigos culturales incorporados durante la socialización, hay afinidades con otros miembros de la misma generación con los que se comparten espacios sociales y, por ende, desde esa perseverancia generacional, se entra en contradicción y en desencuentro con las cohortes generacionales siguientes. La clase plantea en principio otras modalidades de perseverancia independientes de la edad, la clase plantea un horizonte de continuidad, que hasta cierto punto contribuye a predecir las trayectorias sociales de sus integrantes, aunque puede -en su conjunto- ser alcanzada por los vaivenes de la historia en cuanto a su mayor o menor prosperidad o penuria y, además, los individuos pertenecientes a un nivel de clase pueden realizar movimientos ascendentes o descendentes y, a lo largo de su vida, experimentar cambios en su condición de clase original.

La generación remite a la historia, da cuenta del momento social en que una cohorte se incorpora a la sociedad. Ello define características del proceso de socialización, e incorpora a la misma los códigos culturales que imperan en una época dada y con ellos el plano político, tecnológico, artístico, etc. Ser integrante de una generación implica haber nacido y crecido en un determinado período histórico, con su particular configuración política, sensibilidad y conflictos. No es lo mismo haber nacido en la Argentina en 1940 que en 1955 o en 1975, es diferente el caudal de experiencias, la tecnología, las vivencias artísticas, la sensibilidad. Las generaciones difieren en cuanto a la memoria, la historia que las atraviesa y las formas de percibir que las caracteriza. En ese sentido es que hemos afirmado que pertenecer a otra generación supone, de algún modo, poseer códigos culturales diferentes, que orientan las percepciones, los gustos, los valores y los modos de apreciar y desembocan en mundos simbólicos heterogéneos con distintas estructuraciones del sentido.

Se es joven, entonces, también por pertenecer a una generación más reciente, y ello es uno de los factores que plantean fácticamente un elemento diferencial para establecer la condición de juventud. Pero la generación no es un grupo social, es una categoría nominal que, en cierto

sentido, dadas afinidades que provienen de otras variables (sector social, institución, barrio, etc.) y de la coyuntura histórica, establece condiciones de probabilidad para la agrupación.

La condición de joven depende de la pertenencia generacional en el marco de las instituciones. Así, por ejemplo en la familia, se es joven -en cualquier sector social, con o sin moratoria social- por ocupar ese lugar en la interacción intra-institucional, caracterizada por la coexistencia con las otras generaciones. Se es joven o sea hijo, y no padre o abuelo, y esta condición supone actitudes incorporadas, normativas y costumbres, deberes y derechos, en un marco interactivo cotidiano que incide fuertemente en el proceso de constitución de la identidad personal. Ser joven, en este marco familiar, se proyecta hacia conductas en otras esferas de la vida social. Ser joven implica tener por delante un número de años por vivir, estar separado por las generaciones precedentes de la vejez, la enfermedad y la muerte. Estas amenazas son para los otros, los que preceden en la escala generacional, y ello confiere a los jóvenes la fuerza de los años por vivir y una suerte de invulnerabilidad, que radica en un imaginario confiado, derivado de ese paraguas generacional que aleja la muerte y, asimismo, de la recepción cotidiana de la mirada de los mayores, testigos que operan como espejos y que devuelven una imagen de juventud, de seguridad y de potencia.

Por ende, la condición de juventud no es exclusiva de los sectores de nivel económico medio o alto: sin duda hay también jóvenes entre las clases populares, en ellas también funciona la condición de juventud, por ejemplo, en virtud de los distintos lugares sociales asignados a los miembros de cada generación en la familia y en las instituciones. Claro está que en estos sectores es más difícil ser juvenil; ser joven no siempre supone portar los signos de juventud en tanto características del cuerpo legítimo divulgadas por los medios, ni ostentar los comportamientos ni las vivencias que imperan en el imaginario socialmente instalado para denotar la condición de juventud. Tampoco es fácil, para los integrantes de estos sectores, acceder a los consumos -vestimenta, accesorios, diversiones- que en otros sectores aparecen como elementos asociados a la identidad juvenil e indicativos de sus diferentes afiliaciones en el plano musical, ideológico o grupal. Sin embargo, también en las clases populares -probablemente como efecto de la penetración de los mass-media- se advierte un esfuerzo por

estar a la moda, e incorporar en los cuerpos y en las vestimentas el look legitimado en otras capas de la sociedad.

En los distintos órdenes institucionales se instalan ejes temporales, que no siempre coinciden, y que señalan los límites entre las generaciones, tal como son definidas en el interior de cada institución. Tales límites también indican la posibilidad de pasaje hacia posiciones de mayor prestigio y poder. Es fácil advertir estas fronteras en instituciones muy estratificadas, como el ejército, mientras que adquieren carácter más elástico e impreciso en las empresas, sindicatos y partidos políticos.

4. El plano corporal: del aspecto físico a la facticidad.

El cuerpo, en tanto que territorio de inscripción de las diferencias sociales, es la manifestación primera y más evidente -y por lo tanto, más engañosa- para aproximarse a la comprensión de los fenómenos vinculados con la juventud. El cuerpo, entendido en un sentido amplio, con sus disposiciones habituales, sus posturas y gestos, su volumen, forma, tono y tensión, sus reacciones espontáneas, o la indumentaria con la que se lo inviste, es el primer plano de la interacción social, un mensaje mudo que fatalmente se antepone a cualquier otro, un portador de sentido que mediatiza determinaciones sociales más amplias y diferidas. Una superficie en la que se muestran las huellas de algo que ha huido, una textura que evidencia en su obviedad la presencia de algo ausente. El cuerpo, ese intrincado plexo de estructuras vitales y sociales, cuando es percibido como aspecto físico, es sometido a la operación habitual que lo reduce a imagen. Por eso puede ser engañoso, porque a primera vista -modo usual en la interacción cotidiana- el cuerpo no tiene profundidad. Ello conduce a la necesidad de una ruptura epistemológica, superando la iluminación que en la evidencia de las huellas oculta el proceso de su producción.

Uno de los riesgos involucrados en la decodificación del cuerpo consiste en la confusión de la juventud con la jovialidad, de lo joven con lo juvenil. Al reducir la primera a la segunda, error que cometen algunos enfoques, se niega la posibilidad de que pueda haber jóvenes en sectores de la población cuya moratoria social es reducida o inexistente y que no pueden

acceder a los consumos que definen el *look* dominante. Así los sectores populares, generalmente excluidos tanto del período de gracia en cuanto a su ingreso en la vida adulta, como de los recursos para alcanzar una apariencia “juvenil”, no tendrían juventud. Pero estos enfoques, demasiado reductores, no contemplan otros testimonios igualmente importantes de la realidad social, como la objetiva diferenciación interna que existe en el seno de esos sectores en términos de grupos generacionales. Es probable que en los sectores populares la juventud no suela ser percibida con igual eficacia que en los sectores medios y altos, como prescribe implícitamente el modelo epistemológico atravesado por los valores del ideario de las clases dominantes. Esto no significa que sus resultados sean totalmente falsos: se trata de un enfoque parcialmente certero que funciona como indicador de superficie de que los signos con los que se asocia la juventud -o sea la apariencia juvenil- tienen un origen de clase, circulan de manera restringida y en sentido descendente, constituyendo un vehículo de hegemonía. Esta visión sintomática debe ser ampliada: es cierto que se puede ser juvenil sin ser joven, como es evidente en ciertos miembros de los sectores medios y altos, pero no es veraz que no se pueda ser joven si no se ostentan los signos exteriores de la juvenilidad. Para superar esta limitación hay que volver sobre lo que anteriormente hemos llamado “moratoria vital”: según este criterio que apunta a la disponibilidad diferencial de capital temporal, es posible distinguir claramente los jóvenes de los no jóvenes, con independencia del sector social. Jóvenes son todos aquellos que gozan de un plus de tiempo, un excedente temporal, que es considerablemente más extenso que el de las generaciones mayores coexistentes. Ese capital temporal expresa al mismo tiempo una doble extensión, la distancia respecto del nacimiento -cronología pura y memoria social incorporada- y la lejanía respecto de la muerte, constituyéndose ambos en ejes temporales estructurantes de toda experiencia subjetiva. La materia primera de la juventud es su cronología en tanto que moratoria vital, y como tal objetiva, presocial y hasta prebiológica: “física”. Eso es lo que configura aquello que llamamos facticidad, el encontrarse arrojado en el mundo (de la vida social), lo que conforma el dato duro, el índice objetivo en el que se puede reconocer sin ambigüedades a la juventud. Aunque la vida pueda perderse en el momento siguiente, aunque las expectativas de vida se reduzcan objetivamente, aunque aumenten los riesgos sociales de muerte violenta, como guerras, represión política, inseguridad urbana, u otros fenómenos que generalmente encuentran entre los jóvenes a sus principales víctimas, en nada se altera esta facticidad de la experiencia

subjetiva de capital temporal, de tiempo por vivir, que diferencia a los jóvenes de los que no lo son, con absoluta independencia de la clase social o del género.

La facticidad es el abanico abierto de las posibilidades de realización personal y de performances vitales; en los sectores no jóvenes este espectro de posibles está reducido, por la serie de acontecimientos que se ha ido estructurando con cada elección realizada, y tiende a cerrarse con el paso de los años: el futuro se estrecha y comienzan a hacerse presentes actividades y situaciones para las que ya se ha hecho tarde. Tal universo de posibilidades cambia en su ángulo de apertura, es más amplio o angosto, según la condición de clase o de género, pero lo importante consiste en que es radicalmente distinto para jóvenes y adultos en el interior de un mismo segmento social. Para decirlo en otros términos, la juventud es un espacio de irreversibilidad menor que la adultez porque es menor la serie de las jugadas que se han realizado y mayor la que queda por hacerse, por lo que las posibilidades abiertas son más amplias, lo cual implica una manera diferente de estar en el mundo, con percepciones y apreciaciones distintas, con abanicos de opción más amplios, y con una frecuente sensación de invulnerabilidad que deriva de esa falta de huellas previas, raíz de la que emana esa característica imagen de la disponibilidad.

El cuerpo, en la medida en que conforma una apariencia, el aspecto físico, ofrece a primera vista el resultado de un proceso en el que se entrecruzan factores sociales profundos, como el origen y la trayectoria de clase y sus derivaciones: la educación recibida, los trabajos realizados, la cultura alimentaria, los hábitos incorporados en lo referido a gustos y preferencias, las modalidades de la actividad física, el cuidado de la salud y los modos de esparcimiento, entre otras de las múltiples eventualidades derivadas de la posición que se ocupe en el espectro de la diferenciación social. Si bien es cierto que la intensidad del desgaste corporal varía según el sector social, es más proclive a acelerarse en los sectores populares y tiende a la conservación por estilización en los sectores medios y altos, la juventud debe rastrearse más allá de la apariencia del cuerpo, más allá del aspecto físico juvenil, o la imagen dominante con la que se la suele identificar. Y esa imagen se construye con los atributos estéticos de las clases dominantes, con lo que se opera una expropiación simbólica sobre los demás sectores sociales. Es por ello que, con la superación de la primera impresión emanada de lo corporal, y dirigiendo la atención hacia la consideración de la facticidad de la

experiencia subjetiva y la disponibilidad diferencial de capital temporal, se recupera, en parte, la complejidad implícita en la condición de juventud.

La facticidad -moratoria vital y capital temporal- apunta a la objetiva probabilidad de ser joven por parte de los últimos en llegar a la madurez corporal. Esto es lo que hace que la juventud no sea solamente una palabra, una estética, o una moratoria social, sino un posicionamiento cronológico, una experiencia temporal vivida que se caracteriza por ser angosta, poco profunda, desde la que el mundo aparece nuevo, la propia historia corta, el conocimiento escaso, la memoria acumulada objetivamente menor, la vivencia de los acontecimientos diversa en relación con los que nacieron antes, todo lo cual se expresa en una decodificación diferente de la actualidad, en un modo heterogéneo de ser contemporáneo. Por ello la juventud debe comprenderse como una particular afiliación a la geografía temporal, como una nacionalidad extraña en términos de duración, que convive con las otras naciones temporales bajo la misma jurisdicción, la misma soberanía: el presente.

5. El género

El género incide también en la condición de juventud: el cuerpo procesado por la sociedad y la cultura plantea temporalidades diferentes para hombres y mujeres. La biología determina tiempos y ritmos, que inciden en cada género en lo que atañe a su maduración, posibilidades, disposiciones y deseos, y ello es procesado por la cultura que interactúa con la biología y va condicionando los ámbitos y modalidades de acción y de expresión.

Las mujeres tienen un tiempo más acotado, vinculado con su aptitud para la maternidad, que opera como un reloj biológico que incide en sus necesidades y comportamientos, imponiendo en diversos planos de la vida una urgencia distinta. Esta temporalidad acota la condición de juventud entre las mujeres, opera sobre la seducción y la belleza, la disposición para la maternidad y el deseo de tener hijos, también tiene que ver con la energía, emociones, sentimientos y actitudes necesarias para procrear, criar y cuidar a sus descendientes durante un período prolongado.

En ese sentido podría pensarse que las mujeres tienen respecto de los hombres, y en lo que atañe a la condición de juventud, un menor crédito social y vital, que su juventud está acotada por estos límites que provienen de la diversidad de los cuerpos, de la biología. Sin embargo, también en este terreno, la condición de juventud depende de la sociedad y la cultura. Hombres y mujeres experimentan su juventud según el sector social al que pertenecen y son miembros de una generación, y como tales, son hijos de su tiempo. También ocupan lugares culturalmente pautados en la familia y en otras instituciones. Por último, gozan de un crédito vital, que proviene de su energía corporal y capacidad de aprendizaje -diferente a otras edades- lo que influye en el lugar que ocupan en las instituciones. Asimismo, en relación con el cuerpo y la generación, se sienten distantes de la muerte, y viven una etapa apropiada para emprender proyectos y aventurarse hacia el futuro.

La condición socio-económica influye especialmente en la relación género/juventud. En la medida en que se ha avanzado en la igualdad social entre los géneros, se han abierto progresivamente para las mujeres, a medida que avanzaba el siglo XX, posibilidades de realización personal que no se reducen a la maternidad. Esto opera, sobre todo, en los sectores medios y altos: para las mujeres de estos sectores, se han vuelto accesibles nuevas modalidades de realización personal en el campo intelectual, científico, empresario, político o artístico. Varios factores han incidido; entre ellos, y en relación recíproca: reducción progresiva en las restricciones a la sexualidad, desarrollo de métodos anticonceptivos eficaces y accesibles, fuerte demanda laboral derivada de la economía, nuevos procesos culturales y luchas emancipatorias en el plano del género y los derechos de la mujer. Pero puede observarse que la diferenciación social opera fuertemente en este aspecto restringiendo, para las mujeres de clase popular, las nuevas posibilidades de realización. Ello se advierte, por lo menos en la Argentina y en otros países de la región, en la tasa diferencial de fecundidad que se registra entre los diversos sectores sociales: mientras que entre las mujeres urbanas de clase media y alta -generalmente con acceso a la educación media y superior- la tasa de fecundidad es baja, entre las mujeres de clases populares, urbanas y rurales, perseveran pautas tradicionales en este plano, es reducido el uso de anticonceptivos y es mucho más elevado el número de hijos por mujer. Predominan en los diferentes sectores sociales articulaciones de sentido distintas que son producto de la vida social. Para las mujeres de clase popular, opera

un imaginario por el cual la maternidad aparece casi como un mandato natural, el único modo de realización: en la medida que tiene hijos evoluciona positivamente el status de la mujer dentro de la familia y la comunidad barrial, gana en posición y en respeto; en cambio la mujer de otros sectores sociales, con mayores posibilidades en lo económico, educativo y cultural, debe conciliar sus impulsos hacia la maternidad con sus deseos y posibilidades de realización personal en otras esferas de la vida social, lo cual la obliga a enfrentar opciones y elecciones respecto del empleo de su tiempo y energía y suele desembocar -en términos estadísticos- en una suerte de transacción que resulta en tasas de fecundidad más reducidas. Entre las clases medias y altas, en la época actual, el ser de la mujer no se reduce a la maternidad, mientras que en las clases populares la maternidad es casi el único camino para realizarse como mujer; **podría afirmarse que entre las clases medias y altas, para ser madre hay que ser mujer mientras que en las clases populares, para ser mujer hay que ser madre.**¹

Este peso de la maternidad en el género femenino incide, sin duda, en la condición de juventud y matiza las modalidades, experiencias y deseos en esta etapa de la vida. También imprime sus huellas en los cuerpos de las mujeres jóvenes de cada uno de estos sectores y en su posibilidad diferente de investirse con los signos de la juvenilización.

Asimismo influyen en el plano de la relación entre juventud y género, los múltiples cambios operados en la condición social de la mujer a lo largo de este siglo: ya hemos hecho referencia a algunos de ellos, vinculados con la gradual reducción en las limitaciones y prohibiciones relativas a la sexualidad y la mayor apertura al mundo laboral e intelectual, habría que agregar que la tendencia progresiva hacia la igualdad de derechos incide en el plano del tiempo y, por lo tanto agrega una nueva intensidad, en lo que atañe al género femenino, a las diferencias culturales entre las generaciones. Las mujeres jóvenes experimentan, con referencia a sus madres y abuelas, cambios notables, probablemente más intensos y con mayor carga afectiva que los vivenciados por los varones: las modificaciones en su papel social, las transformaciones en las expectativas y en las pautas culturales limitantes que regulaban las prácticas y los comportamientos de la mujer, han significado un proceso de cambio

¹ Véase Ana María Fernández: *La mujer de la ilusión*. Paidós, Buenos Aires, 1993.

extraordinario en cuanto a su calidad y profundidad, lo que sobredetermina el actual campo de sus desencuentros con sus madres y abuelas.

Como este proceso prosigue, es predecible que las jóvenes de hoy también experimenten un desencuentro con sus hijas en los lenguajes, en la comunicación, en los códigos que articulan las distintas miradas y modos de percibir el mundo y en la vestimenta y comportamientos, y que ese desencuentro marque una diferencia en intensidad respecto de la evolución de la relación paralela de los jóvenes del género masculino con sus padres.

Género, generación y clase interactúan también en otros planos: uno de los más notables tiene que ver con la postergación en la maternidad en las mujeres jóvenes, sobre todo de clase media, que inician más tardíamente su vida reproductiva. Ello incluye también a los varones y extiende para ambos géneros la condición de juventud vinculada con la prolongada preparación y aprendizaje, con el estudio y la vida universitaria, a veces con la bohemia y con el arte. Esta postergación en la maternidad, y lo que viene asociado con ella -formación de una familia independiente, vivienda separada de los padres, actividad económica- es favorecida por el desarrollo científico, sobre todo en el campo médico, en lo que atañe a la salud de la madre y su hijo en embarazos y partos postergados a veces hasta después de la treintena. Esta posibilidad que emana de la tecnología otorga más flexibilidad temporal al deseo de maternidad y de reproducción, pero también se vincula con las condiciones que rigen actualmente en el plano de la economía y del empleo: muchas parejas jóvenes, que están realizando su formación universitaria y profesional, se sienten vulnerables en cuanto a su estabilidad económica, y la edad más tardía en que afrontan la reproducción contribuye, muchas veces, a brindar un mayor margen para iniciar, aunque muchas veces con inseguridad e incertidumbre, su aventura de formar una familia.

Hemos planteado entonces, en forma sucinta, algunos aspectos relativos a la intervención de la variable género en la condición de juventud, tomando en cuenta fenómenos de orden histórico, social, cultural y económico que afectan sus modalidades de manifestación.

6. La juvenilización como extensión del consumo de los signos juveniles.

Como dijimos anteriormente, la apariencia física es uno de los primeros datos que el sentido común registra cuando construye intuitivamente el universo de la juventud. La estética, en el sentido del original griego *aisthesis*, percepción, es lo que predomina en primera instancia cuando se trata de clasificar en esta categoría. Pero este compuesto sensorial surge de una convención estética que va cambiando con el transcurso del tiempo. Los signos de la juventud vigentes en los años de posguerra no coinciden con los de los años sesenta y menos aun con los actuales: las formas y comportamientos típicos se van renovando.

El proceso al que denominamos juvenilización señala a un complejo articulado de signos que atraviesan el contexto cultural de la actualidad, en el que confluyen dos series de acontecimientos: por una parte, el avance de la cultura de la imagen y, además, el encumbramiento de lo juvenil fetichizado por los lenguajes hegemónicos de la sociedad de consumo. Desde los años sesenta, con el avance de los medios masivos de comunicación, sobre todo en sus formatos audiovisuales, se viene desplegando una poderosa industria del tiempo libre en la que predomina sobre los otros lenguajes la circulación de las imágenes. Vamos entrando en lo que algunos autores han denominado “videósferas”, es decir, medioambientes de pantallas dentro de los que, con ascendente vigor, se escenifica la vida social. Los canales informativos y de entretenimiento, junto con la extensa red de publicidad que envuelve a las ciudades, van conformando este circuito de imágenes con el que interactuamos cotidianamente. Por otra parte, se va articulando un proceso que toma características provenientes del mundo juvenil, tales como pautas estéticas, estilos de vida, consumos, gustos y preferencias, *looks*, imágenes e indumentaria, y las propicia ante segmentos crecientes de la población como señales emblemáticas de modernización.

Estas dos series de acontecimientos se enlazan en el proceso de la juvenilización que es representativo de una encrucijada epocal, adscripta a un espacio social mediado por la publicidad, hipersecularizado, estetizado, medicalizado, en que es manifiesto el temor a las marcas del tiempo en el cuerpo y la evocación de la muerte, consecuentemente con un contexto histórico en el que se van deteriorando los lazos sociales e institucionales y los compromisos con lo público y avanza una tendencia en la vida urbana hacia opciones propias del espacio privado, la retracción creciente en ámbitos domésticos y una serie de intereses y

elecciones destinadas hacia el bienestar personal. Integran este proceso la rápida expansión de tecnologías y rutinas orientadas hacia el cuerpo (gimnasia, dietas, cirugía...), estimuladas por un modelo estético massmediático que emplea imágenes de jóvenes juveniles como íconos de identificación para contribuir a la venta de mercancías de todo tipo. Síntoma de este tiempo, la juvenilización habla de la búsqueda de un cuerpo inalterable, un espejo sin tiempo, una imagen sin pasado y sin las marcas de la historia y puede observarse, en sectores significativos de la sociedad, la caducidad de lazos de compromiso y solidaridad, antes vigentes, y el empleo de parte considerable de sus energías y deseos en el apego narcisista al cultivo y atención del propio cuerpo.

En esta época en la que los acontecimientos se multiplican, generando una sensación de provisoriedad y de transcurso vertiginoso del tiempo, se extiende el proceso de massmediatización con una secuela de descorporización que implica a las interacciones entre los sujetos. La sociedad de la comunicación ha restringido notablemente la dimensión de la corporalidad en el relacionamiento intersubjetivo, reduciéndola a sus superficies y terminales, como la imagen, la voz, o los textos, desprovistos de su anclaje extenso. En este contexto no es casual que las formas habituales de la construcción de la memoria social se trastocuen, y el repliegue de la corporalidad, disminuida en imagen, sea propicio para el avance del narcisismo. La juventud es procesada como motivo estético o como fetiche publicitario, y su conversión en mito massmediático contribuye a evaporar la historia acumulada en el cuerpo y en la memoria. Esto contribuye al auge actual de prótesis y cirugías, dietas y gimnasias, orientadas hacia los signos exteriores de la juventud, y que no es la juventud, con sus posibilidades, opciones y promesas que, como es obvio, transcurre en un tiempo irreversible. La moda de la juvenilización conduce a que los sectores que intentan incluirse en ella debiliten la cadena significativa del relato de su propia temporalidad, interrumpen los sintagmas de la memoria, que así se va tornando plana, con menor densidad temporal, propicia al artificio y al simulacro.

7. La construcción imaginaria del heredero del sistema: el joven oficial.

El sistema de la moda, la cultura del consumo y ciertos órdenes discursivos como la publicidad, constituyen factores de fuerte incidencia en la reproducción de las dinámicas clasificatorias vigentes en una sociedad. A través de mensajes verbales y visuales, que ostentan una neutralidad superficial, se canalizan metamensajes que prescriben, implícitamente, criterios normativos sobre qué es deseable, es gestor de distinción o confiere prestigio. Una combinación de elementos seleccionados del repertorio de la moda, o una determinada articulación de objetos de consumo, permiten connotar opciones que enclasan a los sujetos, permitiendo apreciar su proveniencia social, manifiesta en los mensajes emitidos por las vestimentas, las posturas corporales, los peinados y adornos. Los objetos combinados con la gestualidad actúan como señales de identidad.

La publicidad es uno de los canales privilegiados para la difusión de mensajes que tienen como materia prima, como lenguaje básico, los signos con los que se identifica a la juventud. La publicidad se ha vuelto parte del medio-ambiente cultural en el que estamos inmersos, una presencia constante que va colonizando, a través de la acción de los medios audiovisuales, los espacios públicos y privados. La publicidad es uno de los medios más eficaces entre los que operan en la circulación de discursos y en la producción social de sentidos: vehículo de mensajes icónicos y verbales que actúan insistentemente sobre el conjunto de la sociedad. Es usual notar la presencia reiterada de cierto modelo de joven, construido según la retórica de la mercancía, fácilmente identificable con un patrón estético de clase dominante y ligado con los significantes del consumo.

En este contexto de distinción y estilización que la publicidad toma para sí, se constituye un joven tipo, un producto que se presenta sonriente, impecable, triunfador, seguro de sí mismo: un joven mito que se emparenta con los notables de las revistas del corazón o con los ídolos del *star-system* y que puede pertenecer a las filas empresariales, deportivas, actorales o políticas. Este joven del mito, que va de fiesta en fiesta, rodeado de todos los bienes, mujeres y mensajes, es fundamentalmente una medida del deseo, que es la unidad mínima de valor en ese lenguaje con el que se articulan los discursos de la publicidad. En esa asignación de deseo, juventud e hiperconsumo, es que ese joven aparece y se pone en intriga, articulado en un relato de pasión con el que la retórica del mercado inviste de magia a la mercancía, haciendo

de un mito un catecismo: el del joven de la publicidad. Ese joven del espejismo no experimenta las angustias de la inseguridad, goza la dinámica propia de su edad sin los sufrimientos que conlleva, transita la vida en estado de seducción sin vacilaciones ni incertidumbre alguna. El joven que toma cervezas en un marco de sonrisas propiciadoras, que aborda aviones, practica deportes y está siempre acompañado por bellas muchachas, ese joven ganador que ante nada se detiene pero respeta, es el estereotipo privilegiado por los estilemas publicitarios, una construcción equilibrada en la que aparece vigoroso, proteico, deseable, natural, ahistórico, espontáneo.

Más allá de esta imagen mediática, otro conjunto de discursos y de prácticas cooperan en la construcción del joven ideal, ese modelo delineado por los sectores dominantes como el heredero deseable. El joven legítimo es aquel que condensa las cualidades que los grupos dirigentes definen como requisito para la reproducción de vida, patrimonio y posición social; el buen hijo genérico del sistema. Necesariamente paradójico, el heredero es una esperanza para el futuro y una amenaza para el presente; cuidadosamente adoctrinado para obedecer primero para mandar después, llega un momento, cuando las fuerzas y circunstancias se lo permiten, en el que se aposenta en los lugares y las funciones para las que fue preparado. El éxito, esa imagen borrosa que tanto predicen las instituciones del saber, el prestigio, la riqueza y el poder, sedimenta en capas estratificadas de discursos y prácticas a las matrices axiológicas, escalas de valores, modelos de conducta, códigos profesionales, competencias técnicas, capacidades de conducción, culturas administrativas, modalidades de gestión empresarial, lealtades políticas, y tantas otras vicisitudes propias de las extensiones de la hegemonía.

El joven legítimo, el aspirante ideal, el aprendiz de la gestión del futuro, es una construcción social que enhebra múltiples discursos, series de normativas explícitas o implícitas, coherentes y contradictorias. El sucesor es una herramienta de adoctrinamiento, un modelo de normalización y control social que inspira a las instituciones en las que se prepara a la futura clase dirigente. El emprendedor, el emergente, el dinámico, el productivo, el líder, son algunos de los temas con los que se inviste el eterno retorno de los héroes, ese simbolismo que se renueva en sus formas según el contexto y la conveniencia. El heredero, es una construcción móvil, un emblema que cambia de forma. En el presente, la estrategia económica dominante

invierte al heredero con valores renovados: rígidamente economicista -de la especie monetarista-, agresivo en términos de reingeniería de empresas, promotor de servicios personales, políticamente antiestatista, defensor de los valores de la familia, productor de una imagen de confianza, obsesionado por el control del conflicto sea en gestión, en situaciones sociales críticas, o en la familia propia, opuesto a que se limiten ganancias y se distribuya lo que se produce “individualmente”, confiado en la expansión del sistema como solución de los problemas más generales, satisfecho por encontrarse en un mundo de competencia, en el que hay ganadores y perdedores. Hoy se proyecta un “sucesor” que ya no es integrista ni tradicionalista, ahora encarna el futuro, es su vocero: se trata de un modernizador, pragmático, emprendedor, manipulador, una mezcla invencible que lleva inscriptos los emblemas del neoliberalismo triunfante.

8. La tribalización como resistencia múltiple y dispersión de identidades.

Las tribus urbanas expresan una nueva forma de sociabilidad y dan cuenta de una doble oposición: al proceso de juvenilización y, además, a las propuestas sociales y culturales relacionadas con la imagen del joven legítimo, heredero imaginario del sistema. Las tribus son una reacción, conciente o no, a la progresiva juvenilización de sectores medios y altos, que no son alcanzados y aparecen desvinculados de la conflictividad social, del aumento de la pobreza, el desempleo y la exclusión. Estos procesos van restando posibilidades a los sectores jóvenes en cuanto a los modos de forjar una presentación del “sí mismo” ante los demás. Los jóvenes necesitan inclusión, pertenencia y reconocimiento, aspiran a una reducción de la incertidumbre, y topan con obstáculos crecientes y vías de promoción cada vez más estrechas o cerradas. El refugio al que pueden apelar, cuando no poseen los requisitos exigidos para corporizarse en la imagen de los herederos, es el de la defensa de ámbitos y enclaves simbólicos que ellos han creado y reconocen como propios. Aunque, también en este terreno, están avanzando la publicidad y los discursos estéticos de la mercancía, así como la plástica audiovisual imperante, expropiando sus estilemas “juveniles” para convertirlos en moda, comercializarlos, o emplearlos como retórica corporal o como formato para propuestas televisivas. Contra todo esto, y de manera conciente o no, surgen

como oposición propuestas cada vez más extremas, combinaciones transgresoras, códigos más arcanos, en un intento de escapar de un mundo adulto (o cultura dominante) que es un mundo de clase, que se va apropiando, poco a poco, de las pequeñas distinciones que fueron construyendo y que funcionan como enclaves defensivos frente a una sociedad amenazante e invasiva.

El heredero imaginario es el formato modélico postulado para los jóvenes por la retórica dominante: obediencia, adaptabilidad, capacidad de progreso, pulcritud, respeto, operatividad, ideas innovadoras, ambiciones, responsabilidad, confianza, visión de futuro, simpatía, es decir, el conjunto de virtudes contenidas en la imagen publicitaria de un gerente junior (sea después político, administrador, conductor mediático, profesional liberal, hombre o mujer de empresa). Contra esa imagen, y el camino (ilusorio) de “ascenso social” con que está asociada, es que las tribus urbanas reaccionan de manera virulenta. Esa opción por la marginalidad, que las caracteriza, tiene como horizonte la oposición al heredero. En el imaginario del joven legítimo se pueden entrever, más allá de los costos que habrá que afrontar, los beneficios, que para los más aptos y preparados, los más tenaces, perseverantes y ambiciosos, esperan en el futuro: control, influencia, la riqueza, prestigio. La opción por las tribus funciona -en parte- como una desertión, un camino de vida alternativo, dirigido por otros valores, orientado hacia una dirección distinta, un abandono radical de la pelea antes de iniciarla, bajarse del tren antes de que el viaje comience. No se trata de pura resignación (aún cuando debe ser incluida en muchos casos), se trata también de resistencia activa -en algunas ocasiones reflexiva y en otras espontánea- contra el molde, implícito en las formas culturales hegemónicas, orientado hacia las generaciones que serán protagonistas en el futuro cercano. Pueden advertirse en estos posicionamientos, en estas resistencias, en estas opciones encontradas, claros exponentes de una lucha de clases -librada sobre todo en el plano simbólico- y de un enfrentamiento entre generaciones, síntomas de un futuro incierto, cuyas características económicas, sociales y simbólicas plantean profundos interrogantes.

En un mundo de complejidad creciente, en el que la revolución tecnológica favorece la multiplicación y la vida efímera de las formas simbólicas, la producción económica aumenta en su velocidad de expansión, los estilos y las estéticas se tornan también efímeros, ámbitos de

refugio parcial y momentáneo frente a un mundo que exaspera su diversidad. Las modas cambiantes y los medios masivos, incluidos en una dinámica transnacional, contribuyen a intensificar el auge de esta diversidad, intercambio y renovación. Uno de los signos distintivos de la cultura actual lo constituye, sin dudas, la inestabilidad de sus formas.

Los vínculos entre los jóvenes tribales son efímeros y pasajeros, una suerte de sociabilidad de lo provisorio, una cultura de lo inestable, en la que impera el corto plazo y la ausencia de futuro. Esta forma de sociabilidad genera inseguridad personal y colectiva, una sensación de incompletud, una especie de modernidad frenética y triunfante que hace pesar sobre todo grupo constituido la amenaza de la disolución. En esta vorágine parecen retornar viejas figuras: la vuelta de los contactos cara a cara, la necesidad de afiliación a grupos cálidos, la cada vez más frecuente aparición de las identificaciones no mediadas, el cuerpo a cuerpo y el imperio del contacto en las grandes ceremonias de masas donde se congregan multitudes en ebullición.

Ante la disolución de las masas, los sujetos se recuestan en las tribus, que son organizaciones fugaces, inmediatas, calientes, donde prima la proximidad y el contacto, la necesidad de juntarse, sin tarea ni objetivo, por el sólo hecho de estar; en ellos predomina ese imperativo del “estar juntos sin más”, según la expresión de Michel Maffesoli², que tiende a establecer los microclimas grupales y no las grandes tareas sociales, las atmósferas estéticas antes que los imperativos éticos, prima la sensibilidad antes que la capacidad operativa, el compartir estados de ánimo antes que el desarrollo de estrategias instrumentales y reina fundamentalmente lo afectivo no-lógico. De allí la ausencia de fines, el peso de las motivaciones inmediatas, la vocación de no trascender ni expandirse, la urgencia autoprotectora del mutuo cuidarse. Grupos con pautas de reconocimiento diferenciales, verdaderas cosmovisiones en las que se dan cita tablas de valores estables y compartidas, preferencias estéticas, éticas, políticas, discursos, códigos comunes, prácticas idiosincráticas orientadas por la resistencia a los modelos dominantes, en la búsqueda de mesetas en las que reposar ante la movilidad y la racionalización creciente del mundo tecnoburocrático y globalizado de la exclusión.

² Michel Maffesoli. *El tiempo de las tribus: el declive del individualismo en las sociedades de masas*. Icaria, Barcelona, 1990.

La tribalización implica una especie de ruptura con el orden social monopolizado por la uniformidad, un proceso de fragmentación y creciente explosión de identidades pasajeras, de grupos fugitivos que complejizan y tornan heterogéneo el espacio social. Las identidades tradicionales de los grupos juveniles se encuentran fragmentadas y en eferescencia, debido al impacto de la cultura globalizada que comienza a hacerse hegemónica en las grandes megalópolis del mundo.

Esta socialidad que es fundamentalmente intimista, hecha de complicidades menores pero insistentes, transida de momentos fundantes, retorna a la *religio* actos primarios como el comer, incorporar, el peregrinar, los cenáculos a cielo abierto en las veredas, las grandes procesiones urbanas, los encuentros masivos y todas las ritualizaciones -de la afirmación, del pasaje, de la posesión- revelan su denominador común, el imperio de la afectividad.